



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

LIMA, SABADO 11 DE SETIEMBRE DE 1875.

NÚM. 48.

SUMARIO.

Joseph.—El adorado tormento de doña Zeferina.—El poeta y la primavera.—Los niños.—La vida y la muerte.—Epi-grama.—La gota de sangre.—Gratis et amore.—Contrastes matrimoniales.—El papel, la pluma y el alma.—A....—Mosaico.—De la Redaccion.—Charada.—Soluciones.

JOSEPH.

POEMA DEDICADO A MONSEÑOR PEDRO GARCIA Y SANZ.

Segunda parte.

XXIV.

Ya dos años habian trascurrido,  
Y yacia la tierra como muerta;  
Del grano, mas que nunca apetecido,  
Y hasta de flores y verdor desierta.  
Era el horror del hambre desmedido,  
Cuando llegan y tocan á la puerta  
De Joseph, otra vez buscando granos,  
Del varon prisionero los hermanos.

XXV.

Al oirles llamar, abre un criado,  
Que les conduce dó Joseph recibe;  
El que al verlos les dice, con agrado:—  
Decid, decid, si vuestro padre vive,  
Y, al volveros acá, cómo ha quedado:  
¡No vuestro lábio la respuesta esquite!  
Ellos dicen:—tu siervo queda bueno,  
Mas de desdichas y de días lleno.

XXVI.

Le presentan los dones que han traido;  
Y Joseph al tomarlos en su mano,  
Repára que con ellos ha venido  
Un jóven, y les dice:—¿es vuestro hermano,  
De quién me habeis hablado? Hijo querido,  
Que te guarde el Eterno soberano.—

Y del dolor cediendo á los antojos  
Se le llenan de lágrimas los ojos.

XXVII.

Le ahogan los gemidos dolorosos;  
Y, porque ignoren el crüel tormento  
Que padece, con pasos presurosos  
Huye y se encierra en lóbrego aposento;  
Donde llorando rios abundosos,  
Del corazon alivia el sentimiento  
Y su ánimo abatido se recobra,  
Para llegar á darle fin á su obra.

XXVIII.

Por tan extraña repentina ausencia  
Se llenan de temor los extrangeros,  
Y ponen esquisita diligencia  
En ver al mayordomo.—Estos dineros,  
Le dicen, te volvemos en conciencia:  
No nos juzgues ladrones y embusteros:  
Los hallamos, señor, la vez pasada,  
Atados á los sacos de cebada.

XXIX.

—No temais: vuestro Dios Omnipotente,  
Responde, por merced os lo daría,  
Que el precio de la venta antecedente  
Está fiado á la custodia mia;  
Y, en prueba que á ninguno delincuente  
Se os reputa de robo ni arteria,  
Esperad, y tendreis gozo cumplido,  
Viendo libre al hermano detenido.

XXX.

Sale Joseph, del llanto sosegado;  
Y, sin que nadie su dolor entienda,  
Llamando á los varones á su lado,  
Come alegre con ellos, cual en prenda  
De paz; y cuando hubieron acabado—  
Mañana, dice, tomareis la senda  
De Chanaan, y complaceros quiero  
Dándoos en vuestro hermano compañero.

XXXI.

Cuando luce la luz del nuevo dia,  
Dejan de Menfis con premura el suelo,  
Radiando los semblantes de alegría  
Y dando gracias con el alma al cielo;  
Porque ninguno en la prision umbría  
Queda esta vez, y llévanle consuelo  
Al triste padre, que llorando aguarda,  
La vuelta de sus hijos siempre tarda.

XXXII.

Mas apénas caminan corto trecho,  
Cuando oyen pasos; vuelven la cabeza,  
Y ven al mayordomo que derecho  
Hácia ellos se dirige con presteza,  
Y les dice:—¿tal pudo vuestro pecho  
Corresponder de mi amo la largueza,  
De adivinar robándole la copa,  
Que escondeis en los granos ó en la ropa?

XXXIII.

Responden:—si de tierra tan lejana,  
De otra compra trajímoste el importe,  
¿Cómo, señor, en la primer mañana  
Se habrá cambiado nuestro noble porte?  
Mas si no sale te sospecha vana,  
Tu justa mano la cabeza corte  
Del que tenga la joya sustraída;  
Comienza á escudriñarnos por tu vida?

XXXIV.

El derriba las cargas de los granos,  
En donde busca con tenáz empeno;  
Y al sumergir las impacientes manos  
En los sacos que lleva el mas pequeño,  
Dice:—aquí está: quedasteis cual villanos;  
Yo no soy presa de enfermiso sueño:  
Alzad la carga y regresad conmigo,  
Para aplicaros cjemplar castigo.

XXXV.

A la presencia de Joseph, temblando,  
Llegan, y en tierra doblan las rodillas:



Y él, no cual ántes con semblante blando,—  
De la adivinacion las maravillas,  
Dice, vosotros ignorábais, cuando  
Me robásteis y os fuisteis á hurtadillas  
Pues, tened entendido, que, en el mundo,  
A mi saber no le hallareis segundo.

## XXXVI.

Uno responde:—¡oh trance, trance amargo!  
¿Dónde encontrar palabras elocuentes  
Para librarnos de tan duro cargo,  
Cuando todo nos muestra delincuentes?  
¡Solo nos resta en cautiverio largo  
Verter á mares lágrimas dolientes!  
Tus esclavos seremos, con el niño,  
Que es de su padre el postrimer cariño.

## XXXVII.

—¡No permita el Señor, que la codicia,  
Dice Joseph, jamás tuerza mi pecho,  
Para obrar contra nadie sin justicia!  
Pues el niño aparece autor del hecho,  
Mi esclavo sea, expie su malicia;  
Y, estando de vosotros satisfecho,  
Partir os dejo libres de mi estado  
Al lugar donde fuere vuestro agrado.

## XXXVIII.

Se le avvicina aquel, y dice:—pio,  
Escucha de tu esclavo las razones:  
No te enojas, señor, que en poderío  
Solo están sobre tí los Pharaones,  
El discurso que dijo el padre mio,  
Haciendo de dolor demostraciones,  
Al seguirnos el niño, cual querías,  
En breve te dirán las voces mias.

## XXXIX.

La vez primera que á comprar sustento  
Vinimos á tu reino, nos dijiste:  
¿Teneis padre ó hermano? y al momento,  
Respondimos, que sí; luego nos diste  
El forzoso, terrible mandamiento  
De no volver á tu presencia ¡ay, triste  
De mí! sin nuestro pequeñuelo hermano,  
Dejando solo á nuestro padre anciano.

## XL.

Consumidos el trigo y la cebada,  
Que en tu reino encontramos, por fortuna,  
Nuestro padre nos dijo: otra jornada!  
Tendreis por hacer, sin dilacion alguna.  
—De aquel señor, teníamos callada,  
Le dijimos, una órden importuna:  
Nos mandó no volver nunca á su suelo,  
Sin llevar nuestro hermano pequeñuelo.

## XLI.

De mi Raquel, mi esposa tan querida,  
De dos que me quedaron, ya el un hijo  
Me le mató una fiera aborrecida,  
Y el que me queda, sollozando dijo,  
De mi infeliz y dilatada vida  
El dulcísimo bien y regocijo,  
¿Cómo quereis arrebatarme ahora?  
—¡Mirad que sangre el corazón me llora!

## XLII.

Arrancarme la vida, mejor fuera,  
Que es la porcion de mi Raquel amada:

Hijos, dejadme que tranquilo muera  
Y acabe mi vejez desventurada.  
Quizá, como á Joseph, aleve fiera  
Le arrebaté, del hambre aguijonada.  
Y despues que hizo por el llanto pausa:  
—Sereis, nos dijo, de mi muerte causa.

## XLIII.

Si á nuestra vuelta al niño no le viere,  
Para darle estrechísimos abrazos,  
Sin duda ¡cielos! nuestro padre muere  
De pena el corazón hecho pedazos.  
¡Por lo que mas tu noble pecho quiere,  
Que aten, señor, de esclavitud los lazos  
A este tu siervo! y libre nuestro hermano  
Vaya á juntarse al solitario anciano!

## XLIV.

A nuestro padre le hice juramento  
De volverle á llevar su hijo querido,  
Con lo que pude conseguir tu intento;  
Ahora pues, si no logra mi gemido  
Inclinarte á piedad, ni mi lamento,  
¿Cómo ver de mi padre el afligido  
Semblante, ni escucharle los clamores  
Y quejas de tan íntimos dolores?

## XLV.

¿Cómo verle morir en tal quebranto?  
¡Ah señor! si tu tienes padre vivo,  
Si viste alguna vez correr su llanto,  
Pensarás, pensarás cuán afflictivo  
Es nuestro estado mísero, y de cuanto  
Precio su lloro! ¡Deja compasivo,  
(Aunque me quede en servidumbre oscura,)   
Que yo no vea tanta desventura!—

## XLVI.

Joseph vierte de lágrimas torrentes;  
Y, con trémula voz y dolorida,  
Despide á los egipcios que hay presentes.  
Y á los otros,—¡oh hermanos de mi vida!  
(Les dice) soy Joseph: ¿decid clementes,  
Otra vez, la noticia apetecida;  
Repetid, repetid si acaso es cierto,  
Que mi padre dulcísimo no ha muerto?

## XLVII.

¿Qué os detiene? Llegad, soy vuestro hermano  
El que vendisteis para extraño suelo:  
¿Porque me veis en puesto soberano,  
Pensais que ofenda vengativo al cielo?  
Veisme verter de llanto un océano,  
¡Y aún teneis en el ánimo recelo!  
¡Llegad, llegad, oh hermanos presurosos,  
Que os esperan mis brazos amorosos!

## XLVIII.

El menor, el primero se apresura,  
Y se deja caer entre sus brazos;  
Y ambos lloran de gozo y de ternura.  
Mas deshaciendo tan estrechos lazos,  
A los otros se torna con premura,  
Y los besa, y les dá dulces abrazos,  
Con lo que calma su temor tan fuerte,  
Que se atreven á hablarle de esa suerte:

## XLIX.

—Ardiendo el pecho en envidioso fuego,  
Contigo usamos de rigor tan crudo,

Que tu incesante, doloroso ruego  
Nuestras entrañas ablandar no pudo;  
Y á unos viajeros te vendimos luego  
De tu preciosa túnica desnudo;  
La que, por ocultar tu infame venta  
A nuestro padre dimosle sangrienta.

## L.

Mas vé que somos hijos de tu padre;  
Que nuestra sangre corre por tus venas;  
(Aunque no somos de una sola madre.)  
Que de tu fé nos unen las cadenas;  
Que al Señor no hay virtud, que mas le cuadre  
Que los bienes verter á manos llenas  
Sobre los enemigos: ¡así olvida  
La maldad que te hicimos, por tu vida!

## LI.

Casi no puede articular palabra  
Joseph; mas dice al fin:—vuestro gemido,  
Profunda herida en mis entrañas labra.  
¿Cómo os diré, que vuestro agravio olvido?  
¿Quereis, hermanos, que mi pecho os abra  
En prueba del perdon ya concedido?  
Sabed, que Dios permite algunos males  
Para de ellos sacar bienes cabales.

## LII.

El Señor permitió vuestra dureza;  
Pues pensábais, quitándome de en medio,  
Evitar, que llegára á la grandeza  
Que soñé; mas la senda era y el medio  
Por donde me llevaba á tal alteza,  
Que, como veis, es hoy vuestro remedio:  
Y si así no lo hubiera permitido,  
Con el hambre ya habriais perecido.

## LIII.

Para aquietaros, contaré el suceso:  
Mi Señor me hizo dueño de su hacienda:  
Mi ama por mí, de amor perdido el seso,  
Su llama quiere que en mi pecho prenda:  
Porque le pague su amoroso exceso,  
Me ase, lucho en huír, y en la contienda,  
Entre las manos le dejé la capa,  
Y así del riesgo mi inocencia escapa.

## LIV.

Ella vocea, acude su marido,  
Y le dice llorando: que su lecho  
Quise manchar; y, sin prestarme oído,  
Me hace encerrar en calabozo estrecho,  
Donde conozco un siervo detenido  
De Pharaon; y pude por este hecho  
Adivinarle un sueño misterioso,  
Y el monarca premióme generoso.

## LV.

Cual padre, fuí de Pharaon honrado.  
Desde entónces, dispongo á mi talante  
De destinos y rentas del estado,  
Como si fuera príncipe reinante.  
Así, traed mi padre acá á mi lado;  
Porque en el tiempo de escasez restante,  
Mi mano pueda sustentar su vida,  
Mas que la mia, para mi querida.

## LVI.

¡Ay! decidle á mi padre cuanto peno  
Con esta soledad tan dilatada;



Decidle, que estrecharlo contra el seno  
Es la dicha por mí mas deseada.  
Volad por él, que ya no tiene freno  
Mi deseo. Cumplid vuestra embajada,  
Llevándole dineros y vestidos  
Cual para reyes con primor tejidos.

LVII.

Apercibid los carros sin tardanza:  
No perdais, mis hermanos, los momentos  
De cumplir mi dulcísima esperanza:  
Para el camino llevareis sustentos.  
Dos vestidos tomad, con confianza,  
Cada uno de vosotros. Id contentos  
Y no riñais, porque le doy dinero  
Y cinco vestes á mi hermano entero.

LVIII.

Los varones ordenan la partida,  
Y de nuevo se abrazan dulcemente.  
Joseph dice: escusad que ahora os pida,  
Que digais á mi padre, que la gente  
Y ganados de casa á su venida  
Se los traiga consigo. Nuevamente,  
Adios, hermanos, que el Señor os lleve  
Y que os vuelva á traer en tiempo breve.

JUSTA GARCIA RÓBLEDO.

(Concluirá.)

EL ADORADO TORMENTO

DE DOÑA ZEFERINA. (\*)

(CONTINUACION, PROGRESION Y CONCLUSION.)

*Hermosa Zeferina  
Quítate esa harina  
De la cara, corazon,  
Y ¡vaya otro rigodon!*

RECORDAIS, amados lectores, á doña Zeferina Cien fuegos?

Sí?

Pues aquí teneis ahora, en cuerpo y espíritu, á su adorado tormento.

Ea!—de frente, señor don Atanasio, que Atanasio tiene de llamarse usted, segun lo triste de su situacion.

(El autor presenta respetuosamente al público al señor don Atanasio, y, con voz azas tristísima y cara compungida, dice:)

Aquí teneis, caros hermanos míos, al señor don Atanasio Cordero, aquel de quien tuve la pena de hablaros el sábado anterior.

Aquí teneis, triste y enfermo, á este desventurado sujeto, víctima de uno de esos enfriamientos del cerebro humano que hacen perder la chabeta al mas pintiparado.

El diablo, el diablo no mas tiene la culpa de esto.

¡Ecce-Homo!!

Don Atanasio Cordero Aguanta-Grescas, de Roque, Roca y Roquete, nació en la muy noble y muy leal ciudad de Perico-Mojado el día (mucho ojo, señor lector) 28 de Diciembre de.....no recuerdo cuántos.

Personas virtuosas y acomodadas fueron sus padres. En cuanto á su alcurnia no se diga. Baste saber que los *tapa-balazos* de don Tadeo y las batas de doña Mónica, eran de puro y neto pergamino.

(\*) Este artículo debió publicarse en el número anterior; pero por falta de tiempo no se hizo su insercion.

Juzgue usted, pues, si *sonarian* al caminar.

¡Y *tiècesitos* que andaban los vidas-mias! Si le digo á usted que parecian varas eléctricas.

(Qué bien cuadran aquí unos puntos suspensivos.....! Verdad?)

Atanasio era un muchacho expiertoy muy dado, como apuntamos en los *rasgos característicos* de doña Zeferina, al culto de las hijas de Venus; lo cual no impide que tuviese, como en efecto tenia, una ambicion del tamaño de un elefante.

Ambicion de *money*, se entiende.

Pereciase el muchacho por unos ojos negros y unos lábios sonrosados.

Varias veces me dijo: Hombre, yo seria muy feliz con una de estas flores que la costumbre tiene la manía de llamar mugeres.

Bien es verdad que hasta la edad de veinte años el jóven no habia sufrido necesidades de ningun género, pues sus padres eran ricos.

Pero hé aquí que de repente, y por causas que no es del caso expresar, estos sufrieron una pérdida muy considerable, y el pobre Atanasio quedó, como se dice, á la luna de Paita.

Tampoco impedía esto que el *pollito* continuase pensando mucho, mucho en las florecitas de ojos de azabache y dientes de coral.

¿Qué puede poner trabas á los impulsos del corazon?

Nada! Al amor no se le encadena nunca; el amor es libre como el céfiro que vuela: el tiempo es su combustible, la distancia su medida.

Pero en ciertos corazones hay sentimientos de una fuerza superior á la de ese sentimiento puro y elevado que el Creador se recreára en colocar en el alma de sus criaturas, como la obra predilecta de su mano, como la flor mas aromática de la existencia: *el amor!*

¡¡AMBICION, INTERÉS!!

Sentimientos que, respecto del amor, son como el huracan respecto de las flores—que las marchita; como el ronco retumbar del trueno al lado del sentido y cadencioso gorgo del ruiseñor—que lo ahoga.

Virtud—talento—honor: hé aquí tres palabras que les son desconocidas ó que merecen su desprecio; tres flores que nunca brotarán en el estéril campo de su corazon.....

Atanasio amaba, y su amor era profundo como inspirado por una niña recomendable bajo muchos respectos. Pero Elvira,—que así se llamaba,—era pobre.... ¿Qué aliciente *positivo* puede poseer ante un hombre ambicioso una jóven pobre?

Atanasio no aspiraba sino á las riquezas: poco le importaba el medio de llegar á conseguirlas.

En estas y las otras conoció á doña Zeferina.

Ya sabemos qué clase de *alhaja* es esta.

Doña Zeferina poseía alguna fortuna.

Una fortuna de millon y medio de soles.

¡Vaya!.... pues este sí era atractivo para nuestro héroe!

Las suposiciones suelen convertirse en realidades.

En nuestro artículo anterior formulamos la hipótesis del matrimonio de doña Zeferina.

Pues bien, lectoras mias, aquella suposicion se ha realizado.

Casóse don Atanasio con la hermosa Zeferina.

Cuando tal hizo era pobre.

Tan pobre que no tenia ni lo puramente necesario para la subsistencia.

Luego....

(Dejo á la consideracion del lector esta consecuencia.)

¿Sabeis cuáles son los resultados de un paso tan temerario como el de nuestro buen Atanasio?

Antes de verificarse el himneo, y como era natural, doña Zeferina habíase mostrado tan generosa con su novio, que nadie habria osado decir de ella: *aprieta duro*.

Pero fué su generosidad á manera de una trampa ó de un anzuelo, y don Atanasio el incauto raton que ligeramente saboreara la carnada.

Fatal ambicion!

Empezó el recién casado, muy señor y amigo mio, por mudarse con sus trebejos y su música, á casa de su adorada consorte. Primera debilidad.

La esposa á casa del esposo, santo y bueno; se comprende, se explica. (*Esta regla tiene algunas excepciones.*) Lo contrario es exponerse, como Atanasio, á una lluvia de.... *chirinolas* ó grescas diariamente.

Y si no, vamos á investigar la vida de nuestros dos pichoncitos.

Para esto será bastante que el lector presencié con nosotros una de las escenas caseras que tenian lugar frecuentemente en aquella morada.

Como á los tres meses de verificada la boda, el adorado tormento pretendió echar *mano negra* á las fajas de billetes de su cara costilla.... Segunda debilidad.

Pero doña Zeferina, que de pocos dias atrás, algo habia olfateado sobre el particular, y estaba recelosa, tenia el ojo mas abierto que el de una liebre y el oido mas aguzado que el de un tísico; y cuando el señor don Atanasio se entretenia en contar, con mano trémula, los mil soles que necesitaba—Dios sabe con qué fin—tienen ustedes que mi amada Zeferina le echa al pescuezo una mano mas pesada que el ancla del "Leviatan," y empieza entre las dos *mitades* la de "por aquí te vá y por allá te viene!" y "¡agáchate que te cae la leña!"

Jesus!—era eso el juicio final, ni más ni ménos.

—Con que pretendia usted alzar con mis caudales, nó?—Y quién le ha autorizado á usted para ello?

Fueron las primeras palabras de doña Zeferina.

Contestó el otro:

—Señora! Me parece que tengo derecho bastantanteee.....

—En dónde está la ley que le concede á usted ese derecho, señor?

—Zeferina!—no me vengas ahora con leyes ni con niño envuelto: necesito dinero y... ¡vive Dios! que por sobre tí y por sobre el mundo entero, he de tomarlo!

—Pues no lo tomarás, Atanasio. Yo sé para qué quieres tú plata, y ántes que fomentar tus desórdenes preferiría arrojar estos billetes á..... la calle. Entiendes? Y.... en una palabra, déjame en paz; no quiero ni verte: tus acciones me indignan.

—Zeferina!



—Atanasio!

—Entrégame esa llave.

—No me dá la gana.

—Repito: entrégame esa llave, Zeferina... porque de lo contrario.... mira, haré saltar la tapa de este cofre.

—Si serías capaz de hacerlo, indino.

—Guá!

Y uniendo el hecho al dicho, Atanasio lleva resueltamente la mano á la tapa del cofre.

Estremécese doña Zeferina; pero en vez de aplicar la llave á la cerradura de aquel, aplícala furiosa al cráneo del infortunado Atanasio, el cual—aturdido con el golpe—cae al suelo sin sentido y arrojando sangre de la cabeza.

Doña Zeferina no repara en esto, y viéndose libre de la furia de su marido, toma en sus brazos el cofre, y cátamela usted en la calle mas pálida que la cera de Castilla.

Hizo el depósito en casa de una su amiga y regresó muy suelta de talle al lugar del siniestro.

Momentos ántes de entrar había vuelto en sí don Atanasio.

Lo primero que hizo este fué enderezarse al cuarto de su muy querida *media-naranja*.

En tales momentos la señora subía la escalera.

Allí fué el encuentro.

—Mira lo que has hecho, desalmada.....

Le dijo Atanasio mostrando con el dedo la leve herida de la cabeza.

—Bien que lo mereces por tu atrevimiento. ¡Pues dónde se ha visto que nosotras les mitigamos el hambre y les cubramos el cuerpo á estos hijos del enemigo, que bastante obligacion tienen de trabajar y de suministrarlos lo necesario!—¿Con que querías que á mas de la mesa y del vestido, que con buena voluntad te doy, habia de soltarte fajas enteras de billetes para quién sabe qué cosas? ¡Pues no faltaba mas!

—Zeferina!!

—Vaya!—y qué?

—No solamente vas á entregarme ahora los mil soles de que iba yo á disponer, sino tambien todas las cantidades que poseas, porque esas, entiéndelo bien, debo administrarlas yó, únicamente yó.

—Ja!... ja!... ja!...—Pues anda y búscalas. Todas las puertas están abiertas. (¡Buen clavo se ha llevado el *sopa-tintas*!)

Estas palabras hacen comprender á don Atanasio la medida tomada últimamente por su esposa, y entónces empieza en su espíritu la desesperacion que engendra la impotencia;—desesperacion que en el pobre don Atanasio ha venido á parar, como lo dijimos al principio, en una enfermedad moral bien grave, y en la tristeza mas profunda.

Excusado es decir que, al fin y al cabo, y con semejantes proyectiles, la bomba hubo de estallar, y el matrimonio del señor Aguanta-Grescas y la señora doña Cien-fuegos, evaporóse á manera de humo de cigarro, reventando estrepitosamente con perjuicio (¡oh desgracia!) de la cabeza de doña Zeferina, que salió de la refriega con algunas docenas de *mechones* ménos, y del bulto de don Atanasio, que buenos cardenales y pellizcos fueron á hospedarse en sus espaldas.

Hé aquí las consecuencias de un enlace desigual, tanto por las edades cuanto por las fortunas, como el de que nos hemos ocupado en estas líneas.

Escenas como la anteriormente narrada tenían lugar á cada momento en casa de doña Zeferina; pero esta sola bastará á dar una idea del infierno conyugal que encerraban aquellas cuatro paredes, que habrían podido servir de mansion á la beatitud si doña Zeferina hubiese tenido mas cabeza y la enredadera del zapallo no produjera frutos tan hermosos como el señor don Atanasio Cordero Aguanta-Grescas, de Roque, Roca y Requete.

Y no se crea que digo estas cosillas únicamente por las viejas como mi Zeferina.

Dígaslas tambien por todos los casos semejantes, aunque la muger sea un angelito de quince años, mas bello que la Estrella matutina.

Nada! En no teniendo el varon la *pedra filosofal* en el bolsillo, debe colgarse de un roble á guisa de péndulo de reloj (me explico?) ó tomar una dosis bien respetable de láudano, v. g. tres onzas, en calidad de chocolate, ántes que meterse en semejantes honduras. Esa es mi opinion.

Y sé por qué lo escribo.

Y por qué lo firmo.

Estamos?

Es preciso, á veces, pensar con el corazon. La felicidad verdadera no se encuentra sino en la satisfaccion íntima del alma.

Todo lo que nos cause pesadumbres y hiera nuestro amor propio tiene que turbar nuestro sosiego, y allí donde no existe la tranquilidad del espíritu, el don mas estimable, no puede haber dicha positiva.

Sólo el amor recíproco de dos corazones jóvenes, llenos de vida y entusiasmo, puede hacernos entrever, acá en la tierra, una parte del intensísimo placer de las mansiones eternas.

El amor es el conjunto de todo lo bello, y grande, poético, y sublime que hay en el corazon de la humanidad; es el aura fresca y aromática que acaricia nuestra vida; la prueba mas inequívoca de que nuestra alma está formada á semejanza de Dios.

Dirijamos nuestros pasos por la senda del amor y encontraremos flores.

Enderecémoslos por la torcida vía de la ambicion y del interés, y no hallaremos sino espinas.

En el primer caso nuestra imaginacion se nutrirá de ilusiones, de bellas esperanzas nuestro corazon. Porque el amor es una fuente inagotable donde bebemos el delicioso sueño de la felicidad.

En el segundo, la decepcion mas fria, la mas siniestra sombra del pesar, torturarán nuestro ánimo, haciendo de nuestra existencia una cadena pesada de infortunios cuyos eslabones veremos siempre erizados de espinas horrosas.

Allá la fusion de dos almas jóvenes, y vigorosas, y amantes que se entienden.

Acá el choque continuo de dos seres que no alcanzarán nunca á comprenderse porque nunca llegarán á amarse.

Allá el Cielo, que se nos muestra en dos lábios purpurinos y dos ojos negros repletos de vida y hermosura.

Acá.... el averno que tambien facilitanos su entrada.

Allá un ángel.

Acá un demonio.

Lima, 1875.

ELOY TRUQUE.

## EL POETA Y LA PRIMAVERA

Á LA DISTINGUIDA ESCRITORA AMERICANA

Sra. Da. Juana Manuela Gorriti.

Tan grande, eual sus desgracias,  
Un poeta, por las musas  
Coronado,  
Cantó en Sevilla las gracias  
De las bellas andaluzas  
Inspirado.

Y el bardo dejó á Sevilla,  
Cuando ya en la primavera,  
Deliciosa,  
El sol espléndido brilla,  
Y florece en la pradera  
La alba rosa.

Quando al despuntar el dia,  
Muéstrase límpido el velo,  
Siempre azul,  
En la bella *Andalucia*,  
Como brillante es el cielo  
De Stambul.

Y Abril su pompa y sus galas  
Va en la risueña natura  
Ostentando;  
Y los pájaros sus alas,  
Estendiendo en la llanura,  
Van cantando.

Las alegres golondrinas  
Anidan en los aleros,  
Que dejaron;  
Y vuelven cual peregrinas  
A los primeros amores  
Que gozaron.

Entre diáfanos celajes,  
Sale el sol esplendoroso,  
Que formando  
En los campos sus mirajes,  
Los va luego el viento undoso  
Disipando.

Los campos son esmeraldas...  
Y en los pensiles las flores  
Van abriendo,  
Que las niñas, en sus faldas,  
Y aspirando sus olores,  
Van cogiendo.

Sus ramas, llenas de frutas,  
Van los árboles al suelo,  
Inclinando...  
Salta el agua de las grutas,  
Y tornasoles al cielo,  
Va brindando.

Los pastores y labriegos,  
Con sus asnos y caballos  
Se levantan,  
Y sueltan á los borregos,  
Quando las aves y gallos,  
Ledos cantan.

Los unos en la labranza,  
Y los otros en los prados  
Se presentan;  
Y sin temor ni esperanza,  
Placenteros sus ganados  
Apacientan.

Las mejillas las donosas,  
Al dejar el blanco lecho,  
Bostezando,  
Ven del color de las rosas  
Y terso ven su albo pecho,  
Palpitando.

Y de Abril, en las mañanas,  
Al contemplarse al espejo,  
Que no miente,  
Hermosas se ven, ufanas,  
recordando á su cortejo,  
dulcemente.



Y la espléndida natura,  
Desparramando su vida  
Eternal,

Se reviste de hermosura.  
Y todo al amor convida  
Al mortal.

Y á su Dios el orbe entera  
Eleva un himno, embriagado  
De placer,  
Cual febril beso primero,  
Que recibe de su amado,  
La mujer!

.....  
Y el bardo dejó á Sevilla,  
Y dirigióse al oriente,  
En la bella primavera,  
Laureada corona brilla  
En su lumínica frente.....!  
Decidme, el bardo...¿quién era?  
Era *Lord Byron*, famoso,  
El que cantó de Venecia  
La pasada magestad;  
Y que iba valeroso,  
A combatir en la Grecia,  
Por la *santa libertad!*

EMMA A. BERDIER.

## LOS NIÑOS.

Y á otra vez hemos tratado de este tema magnífico, cuya poesía inocente le hace inagotable; pero habiendo hablado recientemente de la mujer y de la familia nos parece hasta cierto punto una injusticia olvidar á los niños, que son, si no la parte mas importante de la humanidad, sí la más digna de simpatías: y para contemplar el modesto trabajo que sobre nuestro hogar emprendimos, vamos á permitirnos añadir cuatro palabras sobre la infancia, para lo cual contamos con esa tolerancia de nuestros lectores que tanto nos honra, y que tratamos de merecer, trillando siempre, en nuestras producciones, el camino de la moral más severa y de la humildad más completa.

Escribir sobre los niños no es un trabajo; es un placer dulcísimo que deleita el alma y conmueve el corazón: no es preciso para ello entregarse al estudio, ni forzar la imaginación, porque la pluma más tosca tiene que ser elocuente al escribir algo que se relacione con la infancia.

Hay en la sonrisa de un niño tan misterioso encanto, que ella, por sí sola, es un bálsamo que alivia en un instante los dolores del alma y las angustias del corazón de un padre.

Al ver la aureola de la inocencia infantil: al ver el poder irresistible de que Dios reviste al niño, quien con su sola lágrima, ó con una simple sonrisa, puras ambas como la luz, lleva al corazón de los padres el consuelo y la alegría, no puede menos que convenir, en que, en la infancia, conserva aun el hombre ciertos atributos de la grandeza que perdió en su funesta caída, que no desaparecen del todo sino con su candor é inocencia. La infancia nos dá una idea de la grandeza del hombre primitivo, de la sublimidad de su misión, y nos pone de relieve la inmensidad de una falta, cuyo castigo es hoy el tormento de la humanidad; y por último nos enseña cuánto vale el candor y cuánto la inocencia.

Sin grande esfuerzo convenirse puede en que el hombre es el más cruel de las fieras; pero estas apenas nacidas, nos muestran sus instintos crueles, mientras que el hombre en su primera infancia, presenta á la vista del observador una fuente inagotable de dulzura, de inocencia y de candor, no dejando revelar ni aun en su llanto ningun síntoma de crueldad: su mirada anjelical, dulce, apacible, inofensiva, sólo inspira amor y ternura: sus sonrisas candorosas, son cual perfume suave, que enajena misteriosamente; sus lágrimas cual rocío purísimo conmueven el corazón más duro; pero desprovistas de toda amargura, no dejan en él ninguna huella dolorosa.

Hay en los niños un lenguaje tan elocuente, aunque mudo, que en su presencia muchas veces se siente el hombre lleno de confusión; y el criminal que no ha perdido el imperio de su sangre fría en presencia del juez severo y justo, ante la mirada inocente de su hijo se siente agobiado; y es tal el imperio de esa mirada, que ese mismo crimen, que no ha retrocedido ante la severidad de un castigo probable, se siente avergonzado ante la inocencia de un niño y es generalmente su sonrisa candorosa la primera que le inspira el arrepentimiento.

La mujer débil, que olvidando su honor, olvidando esposo, familia y sociedad, corre tras su perdición, retrocede arrepentida ó por lo ménos avergonzada ante las miradas de purísimo candor de su hijo.

Ese poder, es fácil explicarlo: es que la santidad augusta de la inocencia infantil es una reconvencción constante y eterna á las faltas, vicios y crímenes.

Los hombres, pues, también necesitan de los niños: y es en su compañía que más se dulcifican sus costumbres y se ennoblecen el corazón. Los niños son las flores del hogar, lo que más lo ennoblecen, y quizás lo que lo santifica. "Un hogar sin niño, es un jardín sin flores, una flor sin perfume, un ave sin canto"; y es por eso sin duda alguna que en los países en que se acostumbra enviar los niños á criar fuera de la casa paterna, la familia ha degenerado, el matrimonio se ha hecho odioso, y el hogar ha desaparecido. Privados los niños de las caricias paternas, las flores de sus afectos se marchitan al nacer, y su corazón se hace insensible; privados los padres de las encantadoras gracias de sus hijos, todo se les hace árido, frío y para consolarse, tienen que buscar en los placeres la dicha que han perdido; para correr tras esos placeres necesitan la libertad más amplia; para obtenerla tienen que romper el lazo santo del matrimonio ó empañar el brillo de su honra; y la familia viene á ser imposible, y el hogar cárcel espantosa.

El niño entre nosotros, es más afortunado: criado al lado de sus padres, vive embriagado en sus caricias recibiendo de ellos la primera educación, que es la que decide de la suerte del hombre, porque es en la infancia que se graban indeleblemente los principios de moral, de religión y de justicia: la primera educación es la base fundamental del modo de ser del hombre, que puede modificarse en el curso de la vida, pero jamás desaparecer del todo. Las primeras oraciones que la madre enseña al niño, jamás las olvida el hombre ni aun en la ancianidad.

Viviendo en una atmósfera de amor y de ternura, el corazón de nuestros niños se ha-

cese sensible y generoso; y cuando los primeros destellos de la razón iluminan su inteligencia, se siente lleno de veneración hacia sus amantes padres, cuya abnegación y generosos cuidados le inspiran una gratitud eterna.

El niño entre nosotros es feliz porque encuentra en sus padres, todo lo que la naturaleza le dice que de ellos debe esperar; y los padres á su vez encuentran en los niños, consuelo para sus dolores, placeres para su alegría, que compensan lujosamente los desvelos paternos. Y es por eso que entre nosotros la familia es verdad y el hogar un santuario; pero aun así, respecto á los niños hay algunas costumbres dignas de una crítica severa, pues ellas tienden á hacer un grave mal á la familia, primero, á la sociedad después. Con todo el respeto debido, vamos á tratar de apuntar aquí algunas de ellas.

Ciegos algunos padres por su inmenso afecto, y criándolos en una intimidad grande, no tratan de unir á ella la debida corrección, despretijando así su augusto misterio: de lo que resulta que la autoridad paterna entre nosotros tiende á dejenerar. La absoluta intimidad no debe escluir el respeto.

No se trata de inspirar á los niños el horror al lujo, sino que, al contrario, se les acostumbra á él, creándoles mil necesidades que más tarde harán su desgracia.

Olvidando que la inocencia y el candor son el mayor tesoro de la infancia, no se les aleja de los placeres sociales, no propios de su edad, y en las reuniones más serias están los niños. Es verdad que allí aprenden el trato social y se hacen cultos; pero también es cierto, que allí mismo presencian muchos actos que debían estar vedados á la infancia, y que interpretándolos los niños á su manera, se hacen una falsa experiencia de las cosas del mundo, que arruina su candor, y aun antes de ser hombres se encuentran fastidiados, sin ilusiones y sin esperanzas, por lo cual, frecuentemente, en la edad en que debían entrar en los círculos sociales, desengañados huyen de ellos con desden.

Las familias ricas, generalmente creen hacerle el mayor bien á sus niños enviándoles á educar á Europa; y esta es otra costumbre, que en nuestra humilde opinión debía desecharse, pues sus resultados son casi siempre fatales. Arrancado el niño del seno del hogar, precisamente cuando su corazón necesita de todo el amor y cuidado paternos, se encuentran en la orfandad, en un país en que todo es nuevo para él, idioma, clima, costumbres; en su aislamiento tiene necesariamente que reconcentrarse en sí mismo, que ahogar sus afectos y ocultar sus sentimientos: no viéndose amado, á nadie ama, y poco á poco se hace insensible el corazón ó se hace egoísta. Cualesquiera que sean sus adelantos, y por grandes que sean sus triunfos en las ciencias, su corazón está ya muerto, por lo ménos para sus padres, para su familia y quizá para su patria también, pues habituado á diversas costumbres, á diversos modos de ser: habiendo recibido una educación más ó ménos esmerada, pero siempre distinta de la de sus compatriotas, cuando vuelve á su país se encuentra contrariado, y sin poder vivir sino como extranjero en su patria. Y ya se ve que los padres con mil sacrificios sólo han obtenido hacer la infelicidad de un hijo, acostumbrándole á una



vida y á unas prácticas que tendrá que abandonar con dolor: perder mucho del cariño de ese hijo, quien criado sin amor no sabe amar; y por último verle llegar jeneralmente esceptico, y con ideas estravagantes que le aislan entre sus hermanos.

Auu podriamos apuntar algunas otras costumbres dignas de crítica, porque todas tienden á desprestijiar la familia que es y será siempre la primer garantia de nuestra sociedad; pero sería estendernos mucho.

Los niños, entre nosotros, que poseen la inmensa ventaja de ver deslizarse su infancia rodeados por los cuidados paternales, cuyos buenos instintos encuentran noble estímulo en los amorosos esfuerzos de la madre, que no le abandona nunca y que adivina sus pensamientos; con poco trabajo, y sólo con un poco de voluntad, nada es más fácil que hacer de esos niños hombres útiles y ciudadanos honrados, apoyo para la familia, garantia para la sociedad, honra para la patria.

Si podemos enorgullecernos de nuestra familia, cuyas puras costumbres son nuestra salvaguardia, es porque encontramos en la mujer una esposa modelo y una irreprochable; pero para conservar este precioso bien, es necesario desechar, romper con toda costumbre, con todo vicio que tienda á pervertir la infancia, pues ella será más tarde la familia y la sociedad.

J. R. MANRIQUE.

### LA VIDA Y LA MUERTE.

Hay en nosotros un secreto afan  
Que nos hace desear el porvenir;  
Vemos unas tras otras sucumbir  
Las esperanzas que naciendo van.

Los días se suceden y nos dan  
Lecciones imposibles de escribir,  
Desengaños que amargan el vivir  
Pues fijos en la mente siempre están.

Guarda una larga historia cada cual,  
Historia de su propio corazón  
Que suele arrebatarse la quietud.

Mas llega una hora al fin, hora fatal  
Y el que el mundo abarcó con su ambición  
Se encierra en la estrechez de un atahud.

MANUELA V. DE PLASENCIA.

### EPIGRAMA.

No le gustaba á Jocasta  
Que su piquin Juan Capelo,  
La hablara nunca de pelo,  
De sangre azul ni de casta.  
Virgen casta! la llamó  
Juan con loco frenesí,  
Y ella incómoda exclamó  
Aquello de virgen, sí;  
Pero lo de casta, nó!

EL CHICO TERENCEO.

### LA GOTA DE SANGRE.

EL arca de Noé, era capaz de dar asilo á un pueblo entero.

Durante los primeros días de la navegación, amedrentados los seres racionales é irracionales, permanecían inmóviles y no se creyeron muy seguros en aquella vivienda flotante, que las aguas sacudían á su antojo.

Noé cumplía la voluntad de Dios y estaba tranquilo. Mas, como la costumbre es la segunda naturaleza, sucedió que, pasado algun tiempo, la monotonía de la vida levantó murmullo y despertó el descontento.

Noé, viejo y achacoso, no quiso imponer castigo, y únicamente dirigió algunas palabras á los sediciosos.

La clemencia les alentó, y no contentos con tan indulgente dueño, quisieron declararse soberanos absolutos, como suele suceder, y hasta las hembras de la familia del Cheik-Noé, celosas unas de las otras, le atormentaban con la chismografía y las rivalidades, representando lo que andando el tiempo, sería la sociedad.

El escorpion escribía en una hoja de palma sus pronósticos.

En vez de tinta, usaba su veneno.

Las arañas copiaban, y las mariscas repetían sus palabras.

Los gatos maullaban, los corderos balaban, los leones rujían, los lobos ahullaban: el concierto era infernal.

La bondad de Noé no adelantaba nada.

Se burlaban de él.

Se reían, y no faltó quien, acercándose á su dueño, lanzara una carjada.

Pero la paciencia tiene su limite, y Noé, enarbolando su nudoso baston, repartió á diestra y siniestra sendos bastonazos.

Dos mujeres quedaron: una sin tres dientes, la otra tuerta, y pagaron, como sucede siempre, justos por pecadores, escapando los verdaderos culpables.

Noé comprendió que aquel alarde de energía era mas eficaz que su indulgencia: los súbditos suyos necesitaban temer y acatar la voluntad de un soberano despota; pero se sublevaban con el ser bondadoso y débil.

Un día, jeneral estupor, descubrieron que el kaig se hacia agua.

El pico de la cigüeña sirvió de explorador.

Pero no halló el malaventurado agujero.

Mas diestro el pato, pudo indicar por donde penetraba el agua; pero sin encontrar remedio para tal desastre.

—¿Que me concederás si te salvo? dijo una serpiente, silbando al oído de Noé.

—¿Tú harás ese milagro?

—Yo.

—En ese caso, pídemelo despues lo que quieras.

—¿Palabra de honor?

—Sí.

—En la tuya se puede creer, porque el honor es una mercancía que con frecuencia está averiada y se trafica con ella sin pudor alguno.

La serpiente desapareció, y poco despues cesó la inundación, viéndose cerrado el agujero con la cabeza del animal.

Pasaron días, y cuando Noé saltó las candidas palomas y el arca se detuvo sobre la montaña, cada cual procuró recobrar la libertad, sin acordarse de sus compañeros, porque le ingratitud ha existido entre los hombres y los animales, y existirá por los siglos de los siglos.

Noé se olvidó tambien de lo prometido: tan cierto es que, pasado el momento del

peligro, disminuimos el mérito del que nos socorriera.

El Cheik-Noé vió desaparecer á todos, ménos á una graciosa golondrina, que en el arca pensaba fabricar un nido para sus hijos y entónces se disponía á seguir el ejemplo de aquellos que se habian salvado del diluvio, cuando la serpiente se enroscó á sus piés.

—¿Tú aquí?

—Sin duda has olvidado tu palabra.

—Mi palabra! ¿Y qué te ofrecí?

—Darme lo que te pidiera.

—Pues bien, concedido.

—Deseo para mí la sangre mas dulce y gustosa que se encuentra en la tierra.

—Allah! Allah! lo que pides es un imposible.

—Nada hay que lo sea para tí que tienes á tus órdenes desde el leon, rey de los animales, hasta el insecto mas insignificante: uno sobre todo, es á propósito para desempeñar esa mision.

—¿Quién?

—El mosquito.

—Peró, como los demas, han abandonado el arca; no será fácil encontrarlo.

—Le estoy viendo encima de tu turbante.

—Atrevido, ¿que haces aquí?

—Aguardaba para despedirme.

—Pues bien: cumple el deseo de la serpiente y dentro de ocho días me encontrareis aquí.

Noé, triste y sombrío, aguardaba el resultado de su imprudente promesa: sus cansados ojos se fijaron en la golondrina.

—Eres el mas agradecido de los pájaros, ¿no has querido dejarme solo?

—Es la verdad; creyendo que ya no puedes ser útil, todos te abandonan, pero yo puedo ayudarte y servirte.

—Temo que el mosquito no encuentre sangre mejor que la de mi raza.

—Yo te impediré.

—¿Cómo?

—Guardo el secreto ¿puedo partir?

—Sí; tus descendientes y los míos serán amigos siempre, suceda lo que suceda.

—¿Y permitirás que mis nietos fabriquen sus nidos en la morada de los tuyos, sin que los espulsen ni persigan?

—Lo prometo.

En vano la golondrina buscó al mosquito, pero le aguardó en el camino, la víspera de su llegada al arca.

El mosquito habia recorrido el universo, y la sangre de los animales le era repugnante.

Pero no así la de la mujer: dormida al pié de un árbol encontró á una de las hijas de Noé, y posándose sobre su brazo, gustó néctar delicioso.

—¿Has encontrado lo que anhelabas? le preguntó la golondrina.

—Sí, despues de haber creído imposible: el sangre mas gustosa es la de Noé.

—Muéstrame una gota.

—Caprichosa, desde mi aljibe haré subir una: mira.

La golondrina se acercó, y su acerado pico cortó la lengua del imprudente insecto.

El secreto se encerraba para siempre.

Al otro día siguiente, la golondrina aguardaba en el borde de su nido.

La serpiente y el mosquito se acercaron á Noé.

—Inteligente animalillo, ¿dí cuál es la sangre mas sana para mi alimento?



Brú, brú, contestó el mosquito.

—Habla: nadie nos escucha.

—Gró, gró.

—¿Qué es esto? exclamó la serpiente furiosa: habla!

—Te lo mando! dijo Noé.

Pero el mosquito abrió la boca y mostró que no tenía lengua.

—¿Quién te ha mutilado? preguntó la serpiente enroscándose y mirando á Noé con ojos irritados.

El mosquito lanzó su vuelo hácia la golondrina.

La serpiente silbó de furor y quiso alcanzar al gracioso precursor de la primavera; pero rápida levantó su vuelo y se perdió en los aires.

La posteridad de Noé se había salvado.

Desde entónces, dicen es la serpiente enemiga declada de los pájaros, así mismo el mosquito lo es del hombre, alimentándose con su sangre y atormentándolo sin piedad.

Los resultados de juramentos ó promesas impremeditadas, suelen ser siempre funestos.

BARONESA DE WILSON.

### GRATIS ET AMORE.

*Consideraciones que tienden á procurar la abundancia y baratura de los alimentos de primera necesidad*

**P**UES, como íbamos diciendo, el algodón es también una de las plantaciones en extremo ventajosas para el agricultor, quien, *por ende*, le dá preferencia.

Las casas de comercio más honorables y que no necesitan ni quieren consignaciones de estiércol, vulgo, *guano*, casas tan respetables como la de Gibbs y dos ó tres más, compran íntegras esas plantaciones de algodón y adelantan el valor de las cosechas en casi su totalidad, á ojo de buen cubero, obteniendo así el agricultor peruano un seguro sobre este artículo.

Se dedica, por eso, con empeño á su cultivo como que palpa el fácil espendio, ó (escribiendo con propiedad) la salida anticipada.

Su exportación es tanta ó mayor que la del azúcar, y no trepidamos en calificarlo el segundo producto de retorno que posee la agricultura nacional.

Punto y aparte  
Capítulo de otra cosa.

La absoluta falta de garantía personal de subervios afuera, la completa carencia de seguridad rural, es la cuarta y principal causa que atribuimos á la carestía.

Fundamos nuestros acertos.

¿Cuántas personas habría que alquilaran lotes de terreno á inmediaciones de la capital, para sembrar verduras, raíces, frutas, etc., si no se opusiera á su intento la convicción íntima, la total certidumbre de que de un momento á otro, si no mueren asesinadas, quedan heridas ó estropeadas por los forajidos que roban siempre y pupulan, como hormigas, de día claro y con sol y de noche oscura y sin luna, hasta por el camino carretero de Lima al Callao?

Desgraciadamente para el desventurado Perú, desde su independencia, al bandido más

famoso que no se podía sorportar en las cárceles, al que deshonoraba el presidio, se le daba de alta en la muy honorable, en la gloriosa carrera de las armas!

Los cuerpos de caballería del ejército recibían estas altas y los gendarmes destinados á perseguir malhechores, eran preferidos para engrosar sus filas con gente de tal jaez.

De este sistema de hacer al gato despenjero, viene todo el mal y no culpemos á esta ni á la otra administración; nada de eso, porque un zapato destalonado nadie lo endereza.

Los hacendados temían más á la policía que á los ladrones y eran así enemigos acérrimos de la *patrulla* y amigos íntimos de los *recaudadores*.

No data de fecha muy añeja una conversación que tuvimos, una mañana, con el muy activo y honrado chacarero de Huanpaní señor don Tomás Villalva (Q. E. P. D.)

Nos decía (tomando él y nosotros unas costillitas apanadas y un trago de vino maderera, sin apanar) en el Tibolí de la Piedra Liza, á vista y paciencia de Sonderman, dueño del establecimiento puquial y gastronómico: he aquí lo de rechupete.

Dijimos que nos decía lo que nos dijo y nosotros diremos,—oído á la pisada.—

“Amigo Villarán, la policía me toma un caballo, á viva fuerza y no lo veo más; el salteador me pide una bestia, se la doy á buenas, para que no se la lleve á malas, y me la devuelve después agradecido.”

La cuadrilla no larga su caballada en un potrero para que lo destroce.

El bandido no se tiende en las tapias á devorar las gallinas que pertenecen á mi fundo”

“Ay! amigo”

“Indudablemente mi garantía la encuentro en la gente mala, y me perjudican me dañan los soldados del valle.”

¡Mejor no fueran nunca!”

Hasta aquí el señor Villalva, lo que sigue es de nuestro estuche.

Suponiendo que hoy cada gendarme montado, posea más honradez que la del General La Mar, mejor educación que Lord Chesterfield y valor que sobrepusiera al Cid Campeador (a) don Rodrigo de Vivar; las partidas de campo, cabalgadas en mulas flacas, *mulalgadas* en esqueletos, ¿pueden perseguir á los ladrones que hagan sus correrías á caballo?

Armados los gendarmes con carabinas inverosímiles y estacionados en una chacra, ¿saldrán á campo abierto, á luchar á *brazo partido* con gente de pelo en pecho, que escupe por el colmillo y que siendo portadora de spenser en la derecha y revolver en pistola domina é impone?

Doctores tiene la Iglesia é ingenieros el Estado que pueden agarrar este trompo en la uña y contestarnos si es pajita.

Lo que es nosotros, decimos para nuestro capote ó para nuestro sobretodo.

*Nequaquam.*

Por que nadie se engaña de botones adentro.

Y aun cuando es cierto que en gendarmes, hay jefes de lujo y oficiales bravos, pero, la tropa, Señor, la tropa!

No son los tíos soldados tan patriotas que arriesguen el cuero y mucho menos en este tiempo de jubileo santo.

Los individuos *jendármicos* no se toma-

rán nunca la molestia de tirotarse en *La legua* con los amantes de lo ajeno.

Cero y van cuatro.

ACISCLO VILLARÁN.

(Continuará.)

### CONTRASTES MATRIMONIALES

XXVI.

Señor don Adolfo Orogoyti.

Cuzco, Febrero 4 de 1842.

Querido amigo:

**H**E quedado extasiado de placer, pues tus goces, como verdadero amigo, son míos. Deseo que tu felicidad actual no te abandone jamás; y espero que la bondad de tu esposa dulcifique cualquiera amargura que pueda sobrevenir en este valle de lágrimas.

Pronto estaré por allá No me escribas más que otra carta. Haz que me busquen unas viviendas para mí, y otra para mis ahijados.

No puedes figurarte la impresión que me han hecho los terribles sucesos que han atribulado al bueno de don Fernando ¡Qué mujer tan malvada! En una cárcel debía estar, expiando sus pecados, que son tan grandes y de tanta trascendencia; pero no quiero pensar más en ella, sino en tí, y darte mil parabienes. Deseo que vivas feliz muchos años en unión de tu amada esposa.

Tu fiel amigo

JUAN GUALBERTO PADILLA.

XXVII.

Señor don Juan Gualberto Padilla.

Lima, Marzo 6 de 1842.

Duplicado es mi contento, porque espero que en estos días llégués.

No te he visto viviendas en la calle, porque aquí en mi casa tengo unas muy buenas, y aparentes para ti. A tus ahijados si les he tomado unas en la cuadra de Santo Domingo número 12.

Escribiéndote esta, entré á visitarme don Fernando. Después de saludarme me dijo: que venía á despedirse porque al día siguiente se iba; que por estar tan mal su salud, no había podido arreglar todos sus asuntos; que por este motivo iba á ausentarse por un año: que tenía mucho que contarme de la negra conducta de su mujer; que los días que había dejado de verme, le acontecieron cosas que lo habían impresionado sobre manera, que no podía referirlas porque su corazón sufría mucho; y el dolor que tenía al cerebro era insorportable, cuando recordaba circunstanciadamente la ingratitud, la deshonra y perjuicios que su cruel esposa le ocasionaba, y que á su regreso me comunicaría todo lo ocurrido: me dió un fuerte abrazo, y me aseguró que su amistad hacía mí, sería tan duradera como su existencia, y se alejó!

Estoy, pues, muy consternado. Quiera Dios que su viaje sea feliz, y que repare su salud para consuelo de su pobre madre, que según me dicen, llora sin cesar, pues le parece que por lo enferma que está quizá no vuelva á ver el hijo de sus entrañas... ¡Pobre madre! ¡pobre hijo! Cuanto padecen ambos física y moralmente!

Te participo que está la señora Beatriz como tigre con el marido de su hija. Es-



te se la entregó y le dijo: Es usted digna de tener tal hija; y usted niña, haga la cuenta que no me ha conocido.

La señora con su hija, van presentarse al juez eclesiástico. Don Fernando se opone y aconseja á su hija que se enmiende, que se ponga en paz con el esposo, y que trate de agradarlo; pero cómo las hijas en nada se parecen á su padre sino á la madre, veo esto dificultoso.

Adios, amado Gualberto; deseo que no tengas novedad, y que tu viaje sea feliz, como igualmente el de tus ahijados.

ADOLFO OROGOYTI.

### EL PAPEL, LA PLUMA Y EL ALMA.

—Papel, sin mí, tú qué hicieras?  
—Pluma, qué hicieras sin mí?  
—Para qué entónces servirías?  
—Qué fuera entónces de tí?  
La pluma con el papel  
Esta discusion tenian,  
Y ya casi combatian  
Cuando el alma dijo así:—  
Ni la pluma, ni el papel,  
Bien ninguno al mundo dieran,  
Si los hombres no sintieran  
El fuego que guardo en mí!

A.....

Ni el ruiñeñor con su gentil tonada  
Puede imitar tu voz encantadora,  
Ni tiene el sol, de tu vivaz mirada  
El rayo seductor que me enamora.

Ni la preciada palma del oriente,  
Al blando impulso de ligero viento,  
Iguala, al balancearse en el ambiente,  
De tu talle gentil el movimiento.

Si amor cantando voy por los jardines,  
No hallo rosa mejor que tu mejilla;  
Marchitos son los cándidos jazmines,  
Cuando miro tu frente sin mancilla.

Oh! nada encuentro sobre el vasto suelo  
Superior á tu angélica belleza;  
Hermana del querub, vuélvete al cielo:  
Puede manchar el hombre tu pureza!

JUAN ABEL ECHEVERRIA.

### MOSAICO.

VERDAD, como una loma, es que nadie siente la espina como el que la lleva adentro.

Tengo la seguridad que á nadie le doleran hoy las muelas como me duelen á mí; es decir que nadie sentirá mi propio dolor como yo lo siento ahora.

Pero la culpa es mia y no de nadie, á no ser que la tengan tambien los dulceros por haberme enviado *merengues* y otras golocinas mas que me han ocasionado semejante fluxion.

Pero dando de mano, por ahora, á todas estas digresiones, confesaré á las lectoras del "Mosaico" que me es imposible escribir hoy nada de mi propia cosecha, y que les

suplico que se contenten con que les haga conocer un tratado de Aritmética, escrito por el festivo español don Eusebio Blasco, á quien dejo la tarea de responder el cargo que le hagan los descontentos.

Hé aquí, pues, la nueva:

«ARITMÉTICA DEL AMOR.»

I.

“Todo amante llega, mas tarde ó mas temprano, al terrible caso de creer, cuando su novia se lo dice, que tres y dos no son cinco.

Cuando el amante es marido, ya ha aprendido algo mas; ya sabe, cuando repasa los gastos de su esposa, que dos y tres son lo menos cuarenta y siete.

II.

Las reglas del amor son cuatro: sumar, restar, multiplicar y dividir.

Un novio no tiene regla fija. Un marido entiende de *sumas* admirablemente. Por ejemplo:

Un vestido para el baile de la generala.....	7,000 rls.
Un aderezo para pedir para los pobres.....	9,000 "
Una caja de guantes.....	400 "
Suma total.....	16,400 rls.

Ahora viene la resta.

Sueldo del caballero marino..	8,000 rls.
Alfileres de la señora.....	16,400 "

Resta (mucho ojo)... 84,000 rls.

Estas operaciones se llaman en la aritmética matrimonial.... *trampas*.

III.

La multiplicacion es una operacion facilísima, cuyo resultado inmediato es un chiquitin muy mono, una ama de cria y un primer diente que han costado 6,000 reales y doce mil desazones.

El órden de factores no altera el producto. Por ejemplo: La señora de Tal ha dado á luz un niño que no se parece á su papá. Corolario de este ejemplo: Existen números *primos*.

IV.

La regla de *partir* es la mas grave de todas. Un amante ó un esposo están partidos en cuanto no tienen suficiente carácter.

Se llama amante *entero* el que no tiene medios.

Se llama esposo *quebrado* el que pierde en una jugada de bolsa lo que trajo la señora de dote:

V.

Para partir un entero por un quebrado, se coge una tranca, se espera que el entero pase adelante, y se le divide.

VI.

¿No es en el lado izquierdo donde tenemos todos el corazon? Pues en ese caso, el corazon de una coqueta es un cero á la izquierda.

APÉNDICE.—Ciertas mugeres se parecen al cero. En cuanto se ponen al lado de *uno*, vale uno diez veces mas que antes.

VII.

Todo amante celoso debe *sustraerse*, y todo marido bonachon debe *multiplicarse*.

VIII.

La mujer mas cabal tiene sus *mas* y sus *menos*.

Casi todas han adoptado como axioma la observacion siguiente:

Los amores *sin-ceros*, no valen gran cosa.

REGLAS GENERALES.

Debe adoptarse por esposa la que no tenga *cuenta*.

Un amante debe ser siempre el número uno.

Un matrimonio infeliz es un error de cálculo.

El amor es la suma de dos almas iguales.

DEDUCCION.

Amar un año, y casarse despues, es cambiar un duro en plata por veinte reales en cuartos.”

Y con esto, mis bellísimas lectoras, me despido de ustedes hasta mejor ocasion.

ADRIANA BUENDIA.

Setiembre 11 de 1875.

### DE LA REDACCION.

Con el presente número completa "La Alborada" el primer tomo de su publicacion. Agradecemos muy sinceramente á nuestros suscritores el favor que nos han dispensado y procuraremos continuar mereciéndolo en el segundo volumen.

Con este motivo, suplicamos á los suscritores por año se dignen renovar su abono.

### CHARADA.

Es, la *primera* y *segunda*,  
Nombre, del HERMOSO SEXO:  
Y, la *prima*, repetida,  
Es el mismo para el FEO.

Es letra, tambien, la *prima*,  
Del español alfabeto.  
Si repites, la *segunda*,  
Te dará nombres diversos;  
Todos ellos, agradables  
Al pronunciar y comerlos.

Del nombre, que ves delante,  
Harás con *prima* y *segunda*  
Un sorbete refrescante.

V. G. B.

### SOLUCIONES A LA CHARADA N° 46.

I.

Juan prometió á Nicolasa  
Que con ella se casaría,  
Pero cuando llegó el dia  
Le dió buena.... *Calabaza*.

II.

Sin ser niña inteligente  
La solucion te enviaría;  
La que como es imprudente  
No tiene *Filosofía*.

R. y C. R.

Dichosa yo si hallar pudiera  
Lo que sábios buscaron noche y dia,  
Y escribir una obra en que dijera  
Todo en el mundo es *Filosofía*.

CONSTANZA.

IMPRESA DE "LA ALBORADA"  
POR APOLINARIO VELAUCHAGA,  
Calle de Belen, núm. 391, bajos.